LA AMIGONIANIDAD

Todas las ideas que se agolpan ahora en mi interior –o mejor aún, todos los *sentimientos*, porque mi personalidad está más entretejida de un discurrir cordial que meramente lógico– todas ellas, todos ellos, giran en torno a una palabra que, de alguna manera, ha atrapado mi *ser y hacer* desde hace ya veinticinco años.

Se trata de una palabra no exenta, para mí, de esa magia fantástica y creativa con que vuestro –nuestro– actual escritor estrella de la lengua castellana, Gabriel García Márquez, supo rodear la voz que evoca la localidad natal de sus personajes, supo rodear a *Makondo*. Esa palabra –a la vez *síntesis* de lo realizado y *proyecto* de futuro; a la vez *alfa* y *omega* de un itinerario– es, lo habéis podido imaginar ya, *amigonianidad*.

Aún recuerdo cuando me atreví a usarla por primera vez en un publicación. Fue precisamente cuando redacté –en los locales mismos de esta Universidad y por petición expresa de las autoridades de la misma– el libro *Identidad Amigoniana en Acción*. En él usé el término, entre otras ocasiones, en el título de una de sus cuatro partes –y en concreto la segunda– que denominé con toda intención *Soporte antropológico de la amigonianidad*.

Con todo, el camino hasta llegar ahí constituyó toda una *marcha*. Larga sí, pero no cansina ni repetitiva, pues cada una de las etapas que la jalonaron, cada una de las estaciones que la fueron marcando, gozó de identidad propia y no estuvo exenta de creatividad. Os invito, pues, a ver, aunque sea de pasada, cada una de esas etapas, o mejor aún, cada una de esas *estaciones* en el camino.

¿Existen las casualidades en estado puro, o todo es fruto de ese destino que, según algunos, va entretejiendo la historia personal de cada uno de nosotros de acuerdo a un libreto previamente escrito?

Quizá la respuesta a esta cuestión –como a tantas otras de la vida– no sea ni *A* ni *B*, sino una simbiosis de ambas y una combinación de otros factores, aderezado todo ello, además, con el mágico sabor de la libertad personal, que confiere a cada decisión humana un tono característico, único e irrepetible.

Rebobinando la película de mi vida he encontrado –como os sucedería sin duda a cada uno de vosotros si hicierais la misma experiencia– decisiones que han resultado cruciales para mi vida. Momentos en los que, al escoger un senda determinada –entre las varias que se ofrecen siempre en una encrucijada– la vida toma un rumbo que resulta determinante ya para el propio futuro y, por ende, para la posterior historia personal de cada uno.

Pues bien, uno de esos momentos claves se produjo para mí en 1979. Residía para entonces en Caracas (Venezuela), donde mi vida transcurría tranquila y feliz.

Un día –debía ser principios de aquel año 1979– varias hermanas terciarias capuchinas residentes también en la capital venezolana se presentaron en nuestra casa y, entre saludo y saludo, solicitaron que uno de los hermanos preparara y expusiera –para el 25 de marzo– una ponencia sobre la pedagogía del padre Luis Amigó. Y ante la insistencia de las hermanas –que no suelen cejar fácilmente en sus empeños– mis hermanos de comunidad, aprovechando mi ausencia, me "comprometieron" a impartir la mencionada charla.

Mi primera reacción fue negarme a realizar el estudio, pero pronto, algo dentro de mí –una especie de fuerza que aún ahora no sabría describir– me impulsaba a decir sí, Por fin, la afirmación pudo más que la negación y ahí estaba yo, intentando salir del compromiso

lo más airoso posible, pues tengo que reconocer, en honor de la verdad, que no eran muchos los conocimientos teóricos que yo poseía entonces ni sobre la persona del padre Luis Amigó, ni sobre la misma pedagogía amigoniana. De ésta última conocía –es cierto– el método que la había consagrado como escuela, pero no había tomado aún conciencia de que conocía también el espíritu que daba verdadera vida a dicha pedagogía y que confería a su método –esencialmente *conductista* en su estructura– un característico *talante humano y humanista*. Dicho con palabras del *Principito*, para entonces no había tomado conciencia de que *lo esencial es invisible a los ojos*. No había tomado conciencia y sin embargo, sin saberlo, conocía *lo esencial* a través de esa intuición que sabe trasmitir a la persona, como por *ósmosis*, la sabiduría necesaria para *saborear* la vida, incluso antes de haber puesto nombre a los sabores.

Sólo así se explica que ya entonces hiciera yo afirmaciones como la que a continuación os trascribo, de cuya verdadera entidad no fui consciente hasta algunos años después:

> –*La pedagogía amigoniana* –decía– *intenta educar, a la luz del Evangelio y de la escuela franciscana, hombres con espíritu de niños que, desde su libertad, valoren como felicidad el servicio a los demás. Pero sabe que tal objetivo sólo puede lograrse con un tipo de educador que posea, entre otras cualidades, la de acercarse amigablemente a sus alumnos y la de conocerlos personalmente; la de educarles a través de la experiencia diaria; la de ser para ellos modelo por su integridad de vida; la de ser paciente con todos y estar alegre entre ellos; la de acogerles y aceptarles como son, y la de ir a buscar al que anda extraviado allí donde se encuentre.*

2ª estación. Casi sin pensarlo

En el verano de 1981, mis superiores, que ya tenían previsto y casi decidido oficialmente enviarme a la incipiente fundación de la Congregación en Estados Unidos, cambian radicalmente de planes y

me envían a la comunidad del Colegio Nuestra Señora de Monte Sión en Torrent, encomendándome la dirección técnica del mismo.

No cabe duda de que ese cambio de rumbo, al que asentí sin reticencias al ser consultado, resultó determinante para mi inmediata historia posterior, como bien pronto tuve ocasión de comprobar y como con más nitidez aún se ha ido encargando de poner de manifiesto la perspectiva del tiempo.

Muchas veces me he preguntado, al contemplar el camino que he recorrido en el campo específico de la amigonianidad, si hubiese podido llevar a cabo lo que he podido realizar, en el caso en que, en vez de aterrizar en Torrent, hubiese ido a dar con mis huesos en Estados Unidos. Una vez más se agolpa entonces en mi mente –y sobre todo en mi corazón– la cuestión que os planteaba en la primera estación "¿Casualidad o destino? Y una vez más descubro lo trascendental que fue para mí el haber escogido la senda elegida en esta nueva encrucijada de mi vida.

Mi estancia en Torrent –dejando al margen agradables y profundas vivencias experimentadas en el ámbito fraterno, escolar, parroquial y social– fue decisiva ya para mi futuro inmediato. Unos meses después de mi llegada a Monte Sión, fue convocado el XVI Capítulo General de la Congregación y, con vistas al mismo, el padre José Oltra –superior provincial de nuestra querida Provincia de La Inmaculada y al que había tenido la suerte y dicha de tener de vicemaestro de novicios– me propuso preparar una aportación que contribuyera a profundizar el tema de la identidad-espiritualidad propia de la Congregación que había sido ya tema de estudio en el anterior Capítulo General.

Al trabajo que elaboramos en colaboración –el padre Oltra y yo– lo titulamos *Espiritualidad Amigoniana*. En él se hablaba de espiritualidad amigoniana como la "integración de los distintos factores que componen el propio ser"; como "una especie de teología hecha vida; como una especie de simbiosis entre misión y fe, entre

acción y oración, entre formación y servicio, entre tradición y creatividad, entre imitación del Buen Pastor, devoción a la Madre de los Dolores, aprecio del franciscanismo y cariño al padre Fundador". En él se hablaba también del "evangelio de la misericordia" y de la "pedagogía del amor". En él se abogaba por una *formación* que preparase cabalmente para vivir la propia espiritualidad, y por un *apostolado* capaz de encarnar la propia identidad en los distintos campos en que se ejerciese la misión, ya fuesen de reforma o protección, ya fuesen de enseñanza reglada, de pastoral parroquial, etc. En él se apuntaba finalmente a una *apertura apostólica a nuevos horizontes* y a un extender el propio carisma a los *seglares*.

Contemplado, sin embargo, aquel estudio desde la perspectiva del tiempo y al trasluz de lo profundizado con posterioridad, observo en él algunas sombras, como por ejemplo –y sería la principal– el considerar la espiritualidad amigoniana como una integración de factores –teológico-humano, eclesial, religioso, franciscano, amigoniano propiamente dicho–, dando así al menos la impresión, de que cada uno de ellos es, de alguna forma, independiente de los demás o de que tienen que ser integrados de forma progresiva. Con el tiempo, he ido percatándome, por el contrario, de que la propia maduración como amigoniano –la propia maduración en los valores típicos de la amigonianidad–, si es verdaderamente tal, comporta, al mismo tiempo, una maduración integral de la propia persona en *humanidad* y en *espiritualidad*, en *identidad* y en *acción*.

Desde la visión y conciencia que hoy poseo de la persona –y en concreto de la persona madurada desde la amigonianidad– no puedo, pues, dejar de señalar como una sombra lo que he expresado, como no puedo tampoco dejar de considerar una sombra la postura de quienes entienden la formación para la vida amigoniana, como un ir pasando de procesos de maduración humana, a otros de maduración religiosa, eclesial, etc…, como si se tratara de procesos clausos y sucesivos en su temporalidad. ¡Quizá convendría considerar con más detenimiento y atención aquel pensamiento del gran papa Pablo VI

que venía a decir que "todo lo que es profundamente humano es cristiano y todo lo que es profundamente cristiano es humano". Pensamiento que recogió Juan Pablo II cuando, hablando de Tomás de Aquino, dijo: "Fue un maestro profundamente humano porque profundamente cristiano y precisamente porque profundamente cristiano, profundamente humano" (17-XI-79 en el Angelicum).

Con todo –y dejando ya a un lado las sombras y retomando el hilo de mi relato un tanto autobiográfico– tengo que añadir que *casi sin pensarlo* vi hecho realidad aquel estudio en el que, acompañado por el padre Oltra, me interné en el que después resultó ser para mi "el fascinante mundo de la espiritualidad amigoniana".

Y *casi sin pensarlo* también, me vi a los pocos meses inmerso en las tareas del XVI Capítulo General de la Congregación. Yo no había sido elegido delegado de la Provincia de la Inmaculada al mismo, sino que había quedado de primer suplente, pero las cosas se presentaron de tal modo, que me tocó asistir a él.

Lo que supuso aquel Capítulo para mi vida inmediatamente posterior es difícil de resumir ahora. Yo era –con mis treinta y cuatro años– el capitular más joven y no podía sospechar –ni por asomo– que mis hermanos pensarían en mi persona para formar parte del nuevo Gobierno General, presidido por el padre José Oltra.

Sólo tras la elección supe que mi nombre fue lanzado a la palestra electoral por quienes pensaban que podría prestar una colaboración activa a la hora de profundizar en la espiritualidad amigoniana, que había sido uno de los deseos más sentidos durante el desarrollo de aquella asamblea capitular, tal como quedó recogido después en uno de sus acuerdos.

3ª estación. Contracorriente

Dejar Monte Sión –y especialmente tenerme que despedir de las alumnas y alumnos del mismo, con los que había logrado crear tales lazos de empatía, que habían llegado a convertir los encuentros

informarles que algunas y algunos de ellos mantenían conmigo en mi despacho en uno de esos "ritos" que, como le enseñara el zorro al Principito, ayudan a crecer en afectividad y humanidad–; dejar Monte Sión –repito– supuso para mí una gran pena, que, poco después, se transformaría en nostalgia. Pero entonces yo era joven –y como tal– sentía más ganas de despegar y volar en la vida, que de aterrizar y estabilizarme. Y por ello –no voy a disimularlo precisamente ahora– el destino romano que para mí habían decidido mis hermanos capitulares me llenaba de ilusión y alegría. Aquel destino suponía en primer lugar una oportunidad única de poder conocer la universalidad de la Congregación, de conocer nuevas culturas, de conocer el mundo. Y suponía también –al menos eso pensaba y soñaba yo– una magnífica ocasión para realizar mi tesis doctoral en Sagrada Escritura, cuyo proyecto había presentado en la Universidad de Comillas de Madrid el 23 de septiembre de 1977 con el título provisional de *La Fuente "E" y el problema de la exclusividad cúltica*. De hecho, el primer trabajo que realicé y publiqué una vez asentado en Roma, *El Pastor amigoniano,* fue un estudio con un carácter eminentemente bíblico.

Mi sueño, sin embargo, bien pronto empezó a esfumarse, pues el padre General me pidió encarecidamente que orientara mis esfuerzos académicos en otro sentido y en vez de hacer el doctorado en la ciencia bíblica –que había sido mi vocación primera dentro de los estudios teológicos y en la que había conseguido, en 1976, el grado de Licenciado–, encaminase mis pasos hacia la especialidad de espiritualidad franciscana y preparase la tesis doctoral sobre el carisma amigoniano.

Fue así como –entre dudas primero y con total decisión después– comencé a *navegar contracorriente*.

De esa navegación contra viento y marea aprendí bien pronto la verdad que encierran aquellas palabras que el profeta Isaías pone en boca de Dios: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos" (Is. 55,8), y me convencí, una vez

más, de que el futuro depende de la senda que escoges en cada una de esas encrucijadas que la casualidad o ese destino, al que los hombres de fe llamamos providencia, te va proponiendo.

Mientras cursaba las asignaturas que me exigían para poder presentar la tesis doctoral en una especialidad teológica distinta a aquella en la que había conseguido la licenciatura, e iba perfilando al mismo tiempo las grandes líneas que –según entendía entonces– debían distinguir y dar entidad a mi estudio; mientras hacía todo esto, fui profundizando algunos de los aspectos nucleares que configuran el carisma amigoniano. Fruto de esta profundización fueron, por ejemplo, mis artículos *Luis Amigó, profeta de misericordia y redención,* y *Pedagogía amigoniana II*, publicados durante el año 1984. También escribí y publiqué por este mismo tiempo el primero –y más querido de todos mis libros– *Un hombre que se fió de Dios* (Biografía popular del padre Luis Amigó y antecesora de alguna manera de otra biografía que sobre él publicaría años después –en 2003– y que titulé *Con Amor y Dolor*), y preparé –en colaboración con el padre Agripino González– la primera edición de las *Obras Completas* del padre Luis Amigó, que publicó la afamada Biblioteca de Autores Cristianos, más conocida por sus siglas BAC.

4ª estación. ¿Meta o línea de partida?

Tras dos años de intenso trabajo, el 31 de mayo de 1985 pude defender en el Aula Magna del Pontificio Ateneo Antoniano de Roma mi tesis doctoral *Testigos del Amor de Cristo*.

El propósito que me había planteado al comenzar el trabajo –tal como expresé en su introducción– era el de "profundizar, mediante un estudio científicamente avalado, en la propia espiritualidad amigoniana para contribuir así a que se pudieran captar con mayor nitidez los compromisos que en la vida del Terciario Capuchino comporta la específica dimensión amigoniana de su ser".

Era, sin embargo, consciente, al emprender el cometido, que mi actitud, como estudioso, no podía tener, ni mucho menos, la pretensión de ser un descubridor de dicha espiritualidad, pues "ésta –y lo expresaba asimismo en la introducción– como vida que es, venía siendo una perenne realidad en la tradición viva de la Congregación, que no sólo había ido teniendo plena conciencia de estar viviendo una espiritualidad carismáticamente específica, sino que en su piedad y escritos había ido delimitando ya las dimensiones fundamentales que la configuraban". Mi trabajo debía centrarse, pues, en explicitar y sistematizar esas dimensiones identificativas –ya apuntadas por la tradición– y darles un soporte científico.

Con todo –y volviendo al hecho inicial con que comienza esta cuarta estación–, pasados los momentos de euforia que acompañan la culminación de todo trabajo arduo, y silenciados ya los ecos de la fiesta que siguió a la defensa de la tesis, surgió en mi interior –ya incluso mientras ultimaba los trabajos para su publicación– un cierto sentimiento de desencanto.

Es verdad que quienes más de cerca habían seguido mi investigación –como fueron el padre José Oltra, por la cercanía afectiva con que me rodeó y animó, y el padre Francisco Iglesias por el cariño fraternal, y hasta paternal, con que siempre me acogió y por el exquisito rigor científico con que me orientó en su calidad de profesor-guía–, es verdad –repito– que alabaron sin paliativos lo realizado. Y es incluso verdad que uno de ellos –el padre Francisco– llegó a escribir, entre otras cosas: "Testigos del Amor de Cristo, fruto maduro de una investigación minuciosa, ofrece la lectura completa, en clave teológica, del carisma amigoniano. A través de planos diversos y complementarios, tomados de la persona del Fundador y de la vivencia histórica del Instituto, se hace resaltar una melodía de fondo, eminentemente evangélica: el amor que redime, la misericordia y la cruz… Es, pues, un estudio denso, original y sugestivo, y constituye un espléndido servicio a la historia de la vida religiosa contemporánea".

No obstante tales alabanzas, el sentimiento interior que bien pronto me embargó finalizado el trabajo fue –como ya arriba he dejado dicho– una especie de desencanto. No acababa de tomar verdadera conciencia de lo que había realizado. El proyecto que había nacido rodeado de ilusión por el deseo de llevarlo a cabo, me parecía ahora que sólo había sido un sueño del que no acababa de despertar. Sólo años más tarde pude, por fin, ir abriendo los ojos a la realidad y pude ir comprobando hasta qué punto mi mente se había adelantado a mi corazón y había expresado ya, en *Testigos del Amor de Cristo*, contenidos que, con el paso del tiempo, me parecían *descubrimientos novedosos del momento*. Y sólo entonces me di cuenta de la gran verdad que encierra aquella confesión del Principito, cuando contemplando "su" rosa, al trasluz de los sentimientos vividos y madurados, exclama: "Quizá yo era demasiado joven para saber amarla". Sí, quizá en mi tesis mi mente había ido –como ya he expresado– por delante de mi corazón, y sólo cuando éste alcanzó lo que aquella había expresado pude apreciar la riqueza que había trasmitido en mi estudio sin que ni tan siquiera yo mismo fuera plenamente consciente de la misma.

De todas formas, esa "ignorancia cordial", suscitadota del "vacío" que experimenté tras mi graduación romana, tuvo –¡como no!– una incidencia muy positiva en mi inmediata vida posterior.

Lejos de dejar que me durmiera en los laureles, lejos de permitir que pensara y sintiera que ya todo estaba hecho, lejos de impulsarme a considerar mi tesis como una meta ya alcanzada, me alentó a ver en ésta como una *nueva línea de partida* hacia lo mucho que aún quedaba por hacer.

5ª estación. Con los ojos del corazón

Libre ya de la presión académica que, por su propia naturaleza, te obliga a usar una metodología científica y demostrativa en la que se da

una importancia capital a las ideas y se suelen ladear los sentimientos, puede continuar profundizando el *ser y hacer amigoniano* con una ilusión renovada.

Si de algo era plenamente consciente al concluir mi tesis era –como ya he adelantado– de lo mucho que quedaba por hacer, de la gran cantidad de temas –relativos unos a la persona misma del padre Luis Amigó, y más directamente relacionados otros con la vida de sus Congregaciones– que podían ser susceptibles de nuevos y enriquecedores estudios.

El primero de esos estudios –elaborado en los meses mismos en que, finalizada la redacción de *Testigos del Amor de Cristo*, me preparaba para su defensa pública– fue el *Comentario a la Carta Testamento Espiritual del P. Luis Amigó*. En él, entre otras cosas, propuse interpretar las palabras centrales de dicha Carta: –"Vosotros, zagales del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco"– no en clave de *misión*, sino en clave de *carisma*, e invité consecuentemente a descubrir en ese *mandato-invitación* la esencia de la propia identidad amigoniana, llamada a ser *vivida* siempre y a ser *actuada* en su integridad y radicalidad, no sólo en el apostolado específico de la protección o reforma de la niñez y juventud, sino en cualquier otro apostolado ejercido por un amigoniano.

A través del *Comentario de la Carta Testamento* tomé, además, conciencia de la verdad que encierra otra de esas frases que distinguen la calidad del Principito; tome conciencia de que ciertamente "lo esencial sólo se ve bien con los ojos del corazón", y me hice a mí mismo la promesa de que, a partir de aquel momento, la profundización que pudiera hacer de la identidad amigoniana, sería realizada fundamentalmente de modo cordial.

Tras haber preparado –siguiendo a grandes líneas el esquema mismo de *Testigos del Amor de Cristo*– el texto base de la primera parte del que se llamaría con el tiempo *Manual de Espiritualidad*

Amigoniana, elaboré, ya en el año 1989 –año Centenario de la fundación de los Terciarios Capuchinos–, el trabajo *Nuestra Madre*, siguiendo, en parte, la orientación seguida años atrás en *El Pastor Amigoniano*, pero con la innovación de hacer una lectura *espiritual y pedagógica* al unísono de los Dolores, a los que, por primera vez, presenté en una publicación como *siete lecciones de amor* (Años más tarde –en 2000– recogería muchos de los sentimientos expresados en este estudio en el libro que titulé *Madre del dolor, Madre del amor*).

Uno de los frutos de esa maduración que se iba produciendo en mi interior y que, cada vez con mayor nitidez, me hacía percibir el carisma amigoniano como una unidad *entre identidad y acción*, fue la conferencia que pronuncié en Santa Rita-Madrid-España, el 12 de abril de 1991, con ocasión de la apertura del Congreso Centenario de la Pedagogía Amigoniana, y que titulé *Relación existente entre carisma y pedagogía*.

Al año siguiente de ese Congreso –en 1992–, quise completar los estudios que había realizado hasta el momento sobre las figuras del Buen Pastor y de la Madre de los Dolores, con otro dedicado a profundizar la dimensión franciscana del carisma amigoniano, y surgió así *Francisco de Asís. La grandeza de servir*. Años después –en 1997– aproveché mi estancia en Punta de Parra (Chile) para retomar esos tres estudios –el del Buen Pastor, el de la Madre del Dolor y el de San Francisco– y tras darles una unidad de tratamiento –tanto en las cuestiones de fondo, como en la forma– los reedité, formando un solo cuerpo, bajo el título de *Trilogía Amigoniana* (Previamente había realizado ya varias encuadernaciones de las tres separatas publicadas en Pastor Bonus y le había dado ya ese mismo título).

Finalizada mi estancia en Roma –después de doce años– y antes de emprender la segunda etapa americana de mi vida, aún publiqué –en 1996–, aprovechando el tiempo libre que me dejaban los compromisos laborales adquiridos durante el año sabático que disfruté, un denso artículo centrado en la persona del padre Luis, *El fondo de su ser, la paz*, en el que alguien –en concreto el padre Oltra–

quiso ver –y posiblemente no andase desencaminado, por más que no hubiese sido esa mi intención– una transformación de la *Trilogía* en *Tetralogía Amigoniana*.

6ª estación. Medellín, eterna primavera

En 1997 se inicia la sexta –y hasta el momento última– de las estaciones que marcan mi itinerario personal tras la senda de la *amigonianidad*.

Precisamente en el prólogo del libro *Identidad Amigoniana en Acción* describo así el origen de esta estación con parada y fonda en Medellín:

> –*Todo comenzó* –escribo– *en noviembre de 1996, frente al fogón de la cocina de la Curia General de los Terciarios Capuchinos en Roma.*
>
> *Yo ya no residía en la Urbe, pero me encontraba allí realizando distintos trabajos de investigación y archivo. Y aquel domingo –porque era ciertamente domingo cuando todo empezó– estaba cocinando para los de la casa una sabrosa paella, plato típico de mi tierra valenciana.*
>
> *El rector de la FUNLAM –el padre Marino– de paso también por la ciudad, me propuso traducir para los seglares mi tesis doctoral Testigos del Amor de Cristo, a fin de que pudiera servir de texto base para una cátedra sobre Identidad Amigoniana, cuya creación era para él un sueño largamente acariciado.*
>
> *Atraído por la idea y sugestionado por el proyecto, que también a mí me seducía, le prometí verlo y analizarlo con más detenimiento y sobre el terreno.*

Lo que siguió después, algunos de los que hoy me acompañáis, algunos de los primeros profesionales y empleados de esta Universidad, algunos cuyos rostros distingo, lo sabéis tan bien como yo.

En enero de 1997 –de camino hacia mi nueva residencia en Chile– me detuve unos días aquí en Medellín y dicté para los distintos estamentos de la FUNLAM estas cinco conferencias: *Identidad Amigoniana*, *La figura del Padre Luis Amigó*, *Principios inspiracionales*, *La figura del educador amigoniano* y *El ambiente educativo*. En fin, casi un esquema de lo que sería, con el tiempo, *Identidad Amigoniana en Acción*.

Sin embargo, en aquellas conferencias no utilicé en ningún momento el término *amigonianidad*. Ni tan siquiera se me había pasado aún por la mente ni por el corazón la palabra. Hablé –eso sí– de *amigonianismo*, dando a entender con ello que *lo amigoniano* era más bien una especie de *corriente de pensamiento* –de índole *teológica*, *filosófica* y *pedagógica*, si se quiere–, pero no había llegado aún a la síntesis total. Hablaba ya de identidad amigoniana, pero no había caído todavía en la cuenta de que tal identidad era *ese conjunto vital*, que, con el tiempo, denominé *la amigonianidad*.

Volviendo ahora al ambiente que rodeó aquel mi primer ciclo de conferencias en esta universidad, tengo que añadir que la acogida que se me dispensó, pero particularmente el cariño con que percibí que era recibido el mensaje, me animó a implicarme de forma más directa en lo que ya entonces empezaba a ser conocido como *Identidad Amigoniana*.

Con esos ánimos, pues, regresé, entre 1997 y 1998, dos veces más a esta sede de la FUNLAM. Una fue a mediados de 1997 desde Chile y la otra –ya en mayo de 1998– desde Costa Rica. En esta segunda ocasión dicté un nuevo ciclo de conferencias, cuyos títulos fueron *¿Gigantes o enanos?*, *La cultura amigoniana y los valores del ser*, y *El humanismo amigoniano se hace pedagogía*. A estas tres conferencias adjunté dos cuadros sinópticos. Uno en el que se contraponían los *valores del ser* –entresacados de ese "arco iris del amor" que son las Bienaventuranzas evangélicas– a los *valores del tener*, propios de una cultura Light. Otro –y este es a mi entender el más importante de los

dos– que estaba dedicado a los *Principales valores que configuran el ser amigoniano*.

También este ciclo de conferencias fue editado por la universidad, aunque en esta ocasión ya no apareció –cual había sucedido con el primero– como una edición especial de la revista *Alborada*, sino en un folleto aparte que se tituló *Identidad Amigoniana*. Era evidente que para entonces el proyecto de Identidad Amigoniana era una feliz realidad en la FUNLAM y se apreciaba cómo día tras día iba adquiriendo de alguna manera fisonomía de cátedra dentro del saber de esta Fundación Universitaria.

No obstante, se continuaba echando en falta la existencia de un texto que –creando unidad de pensamiento en torno al amplio panorama que abarca la amigonianidad– pudiese contribuir a un estudio más sistemático de la misma.

Establecido de nuevo en España, y concretamente en las Escuelas Profesionales Luis Amigó de Godella (EPLA) –desde septiembre de 1998–, regresé a Medellín en noviembre de aquel mismo año para asistir al Simposium Internacional organizado por la FUNLAM sobre *Comunidades Terapéuticas en el siglo XXI*. En este simposium pronuncie la conferencia inaugural titulada *Perspectiva humanista*, en la que abordaba la problemática de la drogadicción desde los valores fundamentales de la pedagogía amigoniana.

Ya en noviembre de 1999 impartí un nuevo ciclo de conferencias –era el tercero– en esta sede. Era un paso más en ese itinerario encaminado a la clarificación de los elementos esenciales y constitutivos del *ser y hacer amigoniano*. Se compuso de estas seis conferencias: *¿Educar para la libertad o educar por libre?, La felicidad como referente*, *La educación del sentimiento*, *Con responsabilidad y fortaleza*, *En ambiente de familia* y *Acompañantes y testigos*. Una vez más, la universidad publicó el material bajo el título de *Identidad Amigoniana II*. Esta vez, al despedirme de Medellín, lo hice y con la convicción de que era llegado el momento de emprender con decisión

la elaboración del tan añorado libro que recogiese de alguna manera lo más nuclear del sentimiento amigoniano.

Y aquel momento se hizo realidad al finalizar el IV Congreso Latinoamericano de Pedagogía reeducativa, celebrado aquí en mayo de 2000. En este Congreso leí –bajo el título *Entre el método y el sentimiento*– la conferencia inaugural del mismo. Conforme fui redactando dicha conferencia, me fui percatando –cada vez con mayor nitidez– de que ese proyecto de recoger en un texto lo más esencial del *ser y hacer amigoniano* era algo que, de alguna manera, vivía ya en mi interior y especialmente en mi corazón; me fui percatando de que la *esencia* de lo que para mí era ya la *amigonianidad* radicaba en el *sentimiento* humano y humanista que, inspirando la progresiva maduración personal del educador amigoniano, inspiraba y humanizaba al mismo tiempo su actuación. De hecho toda aquella conferencia fue en el fondo un *poema* dedicado al sentimiento amigoniano y quise finalizarla, recogiendo los apartes –o mejor aún las estrofas– que habían compuesto mi exposición. Decía:

En el principio existía el sentimiento
El sentimiento era el camino y la meta
En el sentimiento había vida y color
Del sentimiento nació el método
Pero el método no agotó el sentimiento

La redacción de *Identidad Amigoniana en Acción*, abordada nada más finalizado ese Congreso fue un parto rápido, como no podía ser de otro modo, dado lo avanzado de la gestación. A mi entender lo más nuclear del pensamiento –o mejor aún del sentimiento– amigoniano quedó recogido en la presentación de la segunda y tercera parte de la obra. En la primera escribía: "Después de habernos internado en el sentimiento antropológico y pedagógico que sigue el padre Luis Amigó, se hace imprescindible profundizar ahora cómo acogió la tradición amigoniana ese mismo sentimiento y cómo lo fue desarrollando y constituyendo en *soporte y fundamento* de su *identidad y acción*, de su ser y hacer, en definitiva, de la *amigo-*

nianidad". En la segunda proclamaba con júbilo: "La pedagogía amigoniana en su proyecto de contribuir a la reconstrucción de la persona, desde el desarrollo de sus capacidades de sentir como tal y de decidir con libertad, ha apostado siempre fuerte por conmover las entrañas de los alumnos y ha propiciado para ello en sus educadores un talante *educativo humano y humanista*, que los hiciera ser en verdad *expertos en humanidad* y *profetas del sentimiento humano*. Y ese talante educativo –singular y extraordinario aporte de la pedagogía amigoniana al mundo de los menores en situación de riesgo o de conflicto– ha hecho posible, no sólo que el cotidiano quehacer de dicha pedagogía se transformase en *arte*, sino también que los mismos educadores adquiriesen, de alguna manera, la dimensión de *poetas* de la acción, ya que poeta es, en definitiva, todo aquél que tiene la virtud de convertir en vino, el agua; de convertir en *sentimiento*, lo que el intelectual llama *ideas* y lo que el legalista denomina la *ley* o los *reglamentos*.

Antes de regresar España –en junio de aquel 2000– pude tener entre mis manos la primera edición de *Identidad Amigoniana en Acción*. Y la verdad, sentí la satisfacción que se siente cuando se logra en la vida un sueño largamente acariciado.

Al año siguiente –en octubre de 2001– volví a Medellín y pronuncié, en el II Congreso Internacional de Pedagogía Amigoniana, una conferencia en la que presentaba a ésta como *Un proyecto de liberación integral*.

Posteriormente he continuado viniendo, al menos una vez al año, si se hace excepción de 2005 en que me lo impidieron circunstancias familiares.

Y en todas las visitas he podido comprobar con satisfacción creciente que la *amigonianidad* era una realidad cada vez más asumida por la FUNLAM. Y este hecho –esta realidad– me ha hecho concebir un sueño, una esperanza, que quiero trasmitiros ya como final de mis palabras: "Medellín ha sido conocida siempre –así me lo enseñasteis

vosotros mismos la primera vez que pisé este bello lugar en 1987– como la *Ciudad de la eterna primavera*. Pues bien, mi sueño, mi esperanza, está en sintonía con ese aire primaveral que distingue este ambiente. ¡Ojalá la FUNLAM continúe acrecentando siempre el rico patrimonio de la amigonidad, para que esta identidad, humana y religiosa a la vez, no pierda nunca la frescura de sus orígenes ni deje de estar al día de los avances de las ciencias humanas, teológicas y pedagógicas! ¡Ojalá por mediación vuestra –de todos los que conformáis la FUNLAM– la amigonianidad respire siempre un aire primaveral, de primer verano, de vida nueva!

Hasta luego y gracias

No me restaría ya sino dar gracias. Y en primer lugar –¡cómo no!– al Consejo Superior y al claustro de esta universidad –y de modo especial a la persona de su rector, el padre Marino– por haber querido honrarme con el reconocimiento que hoy me es otorgado.

En segundo lugar a mi familia, siempre tan unida a mí. Me hubiese gustado estar acompañado hoy por mi hermano Ricardo y su esposa Conchín, "cuya casa –como escribí en la dedicatoria de *Identidad Amigoniana en Acción*– ha sido para mí, desde la temprana muerte de mis padres, un verdadero hogar familiar". Ellos se hacen presentes, sin embargo a través de la muy grata para mí presencia de mi sobrino mayor Richard, quien también me hace traer a la memoria del corazón ahora a mis otros sobrinos Óscar y Herminio.

Gracias a mis hermanos en el ideal amigoniano: a los hermanos de la Provincia de San José, a todos mis hermanos de la Provincia Luis Amigó. Y este agradecimiento se hace especialmente testimonial en la persona de mi querido padre José Oltra, del padre José Antonio Fernández Grau, mi superior provincial y del padre Rafael Monferrer, hermano mío en la comunidad de EPLA.

Gracias a todas vosotras, las hermanas que habéis querido uniros a este acto y también a todos los asistentes en general, que me habéis rodeado con vuestra presencia y cariño.

Pero gracias también y con mayúsculas a Dios, el Bien, todo Bien, sumo Bien, por haber suscitado en la iglesia, por medio del padre Luis Amigó, el carisma amigoniano. Y junto a Dios, gracias a nuestra Madre de los Dolores, al padre Fundador y a los beatos y beatas mártires amigonianos.

EPLA 31-5-2007

Juan Antonio Vives Aguilella